BIANCA APARICIO VINSONNEAU

EL ABRAZO DEL SIROCO

CONTRALUZ

Bianca Aparicio Vinsonneau

El abrazo del siroco

CONTRALUZ

Primera edición: octubre de 2026

Imágenes de las guardas: Album / The Print Collector/Heritage Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Bianca Aparicio Vinsonneau, 2026
Autora representada por EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 979-13-87810-98-6
Depósito legal: M-16090-2026
Printed in Spain

A mi hija,
que llegó mientras escribía esta historia.
A mi abuela,
que se fue mientras lo hacía.

«Por las calles voy dejando
algo que voy recogiendo:
pedazos de vida mía
venidos desde muy lejos».

Miguel Hernández,
Cancionero y romancero de ausencias

Capítulo 1

El interior de una celda es capaz de provocar una asfixia similar a la de un par de manos oprimiendo el cuello. Para deshacerse de tal sensación, Aurora Robles inspiró con fuerza y la podredumbre que reptó por sus fosas nasales la aturdió. Trató de ubicarse, pero la penumbra o tal vez el miedo se lo impidieron. Una corriente de aire frío la estremeció. Palpó despacio la aspereza de las paredes y descubrió gruesos muros de piedra que ningún grito podría atravesar. Tampoco la esperanza.

—¿Dónde estamos?

La voz cándida de Rocío quebró el silencio y Aurora buscó a tientas la mano de la menor de las mellizas. Incapaz de ofrecer respuestas, debió conformarse con darle calor. Su única certeza era que el mar no debía de estar lejos, podía olerlo a pesar de la fetidez mohosa que las envolvía. Que no las hubieran alejado de su querido Mediterráneo le provocó un consuelo tan volátil como amargo.

Todo había salido mal.

La brutal dictadura que siguió al final de la guerra civil había desfigurado España convirtiéndola en un lugar peligroso para las tres hermanas Robles. Por eso, porque no tenían alternativa, decidieron huir de Alicante, la ciudad que las vio nacer y único hogar que habían conocido, siguiendo los pasos de Martín. Cada vez que Aurora pensaba en él, se le encogía el estómago. Hacía

mucho de su apresurada despedida y desde entonces no había vuelto a tener noticias suyas.

Se habían lanzado a la locura del exilio porque no hacerlo era una locura aún mayor. Huyeron huérfanas, sin más posesiones que un puñado de recuerdos, el reloj de oro que había pertenecido a su madre y la ilusión de que la vida que les aguardaba al otro lado del mar podía ser, por fin, amable con ellas.

Ojalá no se hubieran equivocado.

En realidad, ellas no habían tenido nunca la más mínima oportunidad, solo que lo comprendieron cuando ya era demasiado tarde. Pese a que no habían transcurrido más que unas horas, las imágenes de su llegada a Argelia se emborronaban confusas: la pequeña barca de pesca, el sinuoso contorno del continente africano a la luz del alba, los brazos del pescador empuñando los remos, la euforia al creer que lo habían conseguido… Pero la mala fortuna quiso que nada más desembarcar las sorprendieran unos gendarmes que les exigieron una documentación de la que carecían. Su particular pesadilla comenzó cuando las obligaron a subir a una camioneta que se puso en marcha entre toses y bocanadas de humo, dejando tras de sí las promesas de una nueva vida.

Ahora estaban en una celda húmeda y fría, acurrucadas para no desperdiciar el calor de sus cuerpos, en tanto que Aurora no dejaba de repetirse que había sido una estúpida. Arrastrar a sus hermanas hasta Orán había resultado ser el error más grande de todos cuantos había cometido. Ella era la mayor, las mellizas eran su responsabilidad y les había fallado. Estrella tiritaba devorada por un frío que parecía cebarse en ella después de haber embarcado vencida por la enfermedad, tan débil que apenas era capaz de mantenerse en pie. La colocaron en el centro en un intento de que entrara en calor. Al otro lado, Rocío se abrazaba a su vientre aún plano con el afán de proteger la vida que allí crecía. Pese a su juventud, había tenido oportunidad de conocer la vileza del ser humano.

—Todo va a ir bien —les prometió Aurora en voz alta y se tragó unas lágrimas que en nada podían ayudar. Llorar no iba a sacarlas de allí—. Mientras sigamos juntas, todo irá bien.

Cuando el sol estuvo lo bastante alto como para colarse por el estrecho ventanuco e iluminar una estancia que mejor hubiera permanecido a oscuras, les llegó el eco de unos pasos que se aproximaban. El sonido les indicó que se trataba de dos personas que iban directas hacia ellas. Aurora se apresuró en esconder lo único de valor que aún conservaban, dejando el reloj de su madre a buen resguardo bajo la plantilla de su zapato.

—*Allez !* —vocearon, y la puerta se abrió con un chirrido igual de desagradable. Por sus uniformes supieron que eran policías—. *À la salle d'interrogatoires. Vite !*

—¡Un momento! —suplicó Aurora a la desesperada—. Tenemos un amigo en la ciudad, nos está esperando.

Aquello no era del todo cierto, pero la mirada que intercambiaron los policías la alentó a insistir. Era su única oportunidad; si conseguía hablar con Martín, él se ocuparía de todo.

—Por favor, si nos permiten avisarlo estoy segura de que…

—*Nom et prénom ?*

—Martín Gea Hungría —respondió, sintiendo la sangre batir en sus tímpanos.

Su pulso se aceleró al comprobar que el más grueso abría una carpeta que llevaba bajo el brazo; la ojeó unos instantes en los que su dedo índice se deslizaba veloz por las hojas. Al cabo, la cerró con un ruido seco que reverberó en la celda.

—*Oubliez-le… Il est mort.*

—¿Muerto? No puede ser —la voz de Aurora se quebró en un sollozo, convencida de que era imposible. ¿Cómo iba a estar Martín muerto si lo que sentía por él seguía tan vivo?—. Seguro que no es él, vuelva a comprobarlo…

No hubo tiempo de asimilar su pérdida, mucho menos de llorarla. Ante su inmovilidad, uno de los hombres se impacientó y

dio un paso amenazante hacia ellas. Empujando sus emociones al rincón más profundo de su ser, Aurora reaccionó al percatarse de que estaba a punto de agarrar a Rocío y se incorporó con movimientos torpes por culpa de sus extremidades entumecidas.

—Aurora, por Dios, ¿qué estás haciendo? —se horrorizó Rocío al verla en pie.

—Voy a ir con ellos, no os preocupéis, todo esto no puede ser más que una confusión. Nosotras no hemos hecho nada malo y cuanto antes lo aclaremos, antes nos dejarán salir.

—Por favor, no vayas —pidió Estrella sujetándola de la muñeca, conteniendo a duras penas un nuevo acceso de tos—. ¿Y si te hacen daño?

—Para eso no haría falta que me sacasen de aquí, ¿no crees?

La escasa paciencia de los hombres se agotó en ese preciso instante.

—*Dépêche-toi !* —apremió uno de ellos, dándole un tirón que la hizo trastabillar y puso fin a la conversación.

Estrella y Rocío se precipitaron hacia la reja a tiempo de alcanzar a besarle los dedos que extendió hacia ellas cuando los policías la arrastraron consigo, y sus aterrorizados sollozos acompañaron a Aurora a lo largo del corredor por el que se alejaba. Ni siquiera ella misma estaba convencida de las palabras de consuelo que había dirigido a sus hermanas, pero no tenía más opción que aferrarse a ellas como su única posibilidad de salvación.

La mayor de las Robles comprendió que, una vez más, se había equivocado. Lo supo en cuanto la dejaron sola en una sala con dos sillas desparejadas en un rincón y una gran mesa metálica en el centro. No había ventanas, solo una bombilla desnuda que parpadeaba en el techo. Gracias a ella, no le pasó desapercibido un manchurrón que salpicaba los azulejos blancos de las paredes. No quiso pensar que se parecía demasiado a sangre seca.

El ruido de la puerta al abrirse a su espalda la sobresaltó. Instintivamente dio un paso atrás al ver entrar un hombre que ves-

tía un traje pulcramente planchado. Con unas pequeñas gafas de montura dorada, bigotito rubio y el pelo salpicado de canas en las sienes. Alto y delgado, desprendía ese aire de superioridad de quienes saben que sus órdenes serán obedecidas con presteza. Sonreía con una amabilidad que, sin saber por qué, la puso de inmediato en alerta.

No se tomó la molestia de presentarse; de haberlo hecho, Aurora no hubiera olvidado nunca aquel nombre y tal vez así su destino habría sido diferente. En cambio, lo vio arrastrar una de las sillas hacia la mesa y sentarse con estudiada parsimonia, para después ojear los documentos que traía consigo. En el anular de la mano, con la que sostenía un cigarro, destacaba un anillo *chevalier.* Al cabo de un par de tensos minutos en los que volvió a ordenar los papeles cuadrándolos con precisión milimétrica y colocó la estilográfica perfectamente paralela junto a ellos, la invitó con un gesto a sentarse frente a él.

Aurora obedeció sin poder deshacerse de la inquietud que crecía en ella segundo a segundo. Podía escuchar sus propios latidos en aquel silencio perturbador y creyó que se volvería loca si no hacía algo para romperlo. Tomó aire antes de hablar.

—*Excusez-moi, monsieur, s'il vous plaît.* —Se devanó los sesos en un intento de recordar las lejanas lecciones de francés del colegio. En su día se le había dado bien, pero de aquello hacía mucho—. *Mes soeurs et moi… nous sommes arrivées…*

El hombre no se inmutó ante sus evidentes esfuerzos por hacerse entender. Aurora desistió y, vencida, recurrió a su propia lengua.

—Disculpe que mi francés esté algo oxidado, pero necesito explicarle que todo esto es una terrible equivocación —se expresó con urgencia y la esperanza de que, si no se entendían sus palabras, al menos sí su desesperación—. Mis hermanas y yo no somos delincuentes, se lo garantizo. Hemos venido a Orán con la esperanza de encontrar una vida mejor. Nada más. Me hago

cargo de que no tenemos permiso de residencia, pero no creo que eso sea motivo para tratarnos como lo han hecho. Una de mis hermanas está embarazada y la otra muy enferma…

El primer bofetón la pilló desprevenida y fue tan violento que la tiró de la silla.

—¿Quién eres?

Puede que le hubiera sorprendido que el hombre hablara español con corrección a pesar del fuerte acento que arrastraba las erres, de no ser porque para entonces Aurora tenía otras preocupaciones, como respirar. Al caer se había golpeado las costillas contra el suelo y a duras penas conseguía llenar sus pulmones de aire.

—He preguntado: ¿quién eres?

La patada en sus riñones hizo que se retorciera sobre sí misma.

—Por favor… —logró musitar—, por favor…

El francés aspiró una calada lenta para después expulsar el humo a la misma velocidad. No tenía prisa y pretendía dejarlo claro. Se acuclilló a su lado y la observó unos instantes, una ceja inquisidora levantada para animarla a hablar.

—Me llamo Aurora Robles.

—¿Comunista?

—¿Cómo dice?

—¿Tal vez una de esos ridículos falangistas convencidos de que el Oranesado nunca debió dejar de formar parte de España?

—¡No! No me interesa la política…

—Al menos no negarás que eres española.

—No, claro que no…

—¿Sabes lo que pienso de los españoles? —la interrumpió.

Desde el suelo, Aurora pudo apreciar la perfección de la raya en su pantalón gris marengo tensada sobre las rodillas y el brillo de sus zapatos negros e impolutos; cerró los ojos para evitar ver su reflejo en ellos. No respondió, consciente de que lo que fuera a escuchar a continuación no le iba a gustar.

—Pienso que sois basura —continuó él permitiendo que la ceniza cayera sobre su rostro—. Peor que la basura: asesinos, ladrones, conspiradores… Por vuestras venas corre sangre árabe, sois fanáticos y violentos. Y eso no tendría por qué ser asunto mío de no ser por la insistencia con que venís a esta ciudad para complicarme la vida.

—Pero nosotras no hemos hecho nada…

El dolor que le provocó la quemadura del cigarro en el dorso de la mano terminó la frase por ella al transformarla en un alarido.

—Y también pienso que sois unos mentirosos —volvió a hablar con una calma exasperante—. Como comprenderás no estoy dispuesto a tolerar que me tomen por estúpido… y tú, *petite salope,* debes haberte creído que lo soy.

Le tiró del pelo para forzarla a mover la cabeza en un asentimiento impostado.

—Pretender que me trague que vosotras tres habéis aparecido de repente con esas caras de no haber roto un plato y sin más intención que la de vivir pacíficamente como unas buenas ciudadanas es absurdo —sentenció, negándose a contemplar que lo que había empujado al exilio a las hermanas Robles no era más que el miedo y la miseria—. Especialmente ahora que estamos en medio de una guerra que cambiará la humanidad tal y como la conocemos.

Lo cierto era que, sin pretenderlo, las hermanas Robles habían llegado a Orán en mal momento. El mundo entero se tambaleaba y Argelia, la perla del imperio francés, no era una excepción. Desde que Gran Bretaña y Francia le declararan la guerra a Alemania, y poco después la Unión Soviética invadiera Polonia, el avance del ejército nazi era imparable; tan solo el descenso de las temperaturas a veinticinco grados bajo cero en los alrededores de Helsinki durante aquel diciembre de 1939 había logrado ralentizarlo. El país galo sentía el alien-

to del Führer en el cogote y, por consiguiente, también lo hacían sus colonias del norte de África. En semejante situación cualquiera podía suponer una amenaza. Y a las amenazas se las neutraliza.

—Me has ofendido, ¿entiendes? —murmuró el hombre—. Mucho me temo que a la lista de defectos de los españoles debamos añadir la falta de *politesse,* no es de buena educación ofender al anfitrión.

Con el siguiente bofetón el anillo *chevalier* le abrió un profundo corte con forma de medialuna en la mejilla derecha. Los golpes y vejaciones que vinieron después se le emborronaron en la memoria a Aurora hasta convertirse en uno solo. Igual que las palabras del hombre del traje impoluto, que preguntaba por qué habían viajado a Orán, si formaban parte de alguna conspiración, si llevaban a cabo tareas de espionaje o pertenecían a alguna célula y otras cuestiones igual de absurdas que Aurora no pudo ni tuvo fuerzas para responder. Cuando la paliza cesó, hacía rato que había dejado de escucharlo. En su cabeza solo había espacio para esa mancha en los azulejos en la que había mantenido clavada la vista y las dudas acerca de a quién habría pertenecido esa sangre. Tal vez los siguientes en visitar esa sala se hicieran esa misma pregunta al ver la que habría dejado la suya. Eso, de algún modo, la reconfortó.

La llevaron de vuelta a la celda de la que la habían arrancado horas atrás, cuando todavía tenía los últimos restos de esperanza y el cuerpo intactos. Pero para entonces todo había cambiado mucho más de lo que se hubiera atrevido a imaginar. Un escalofrío trepó por su columna al descubrir que la celda estaba vacía.

Las mellizas ya no se encontraban allí.

—¿Estrella? ¿Rocío?

No insistió. Por más que repitiera sus nombres nadie iba a responder.

—¡Eh, vosotros! ¿Dónde están mis hermanas? —chilló a los policías, que se retiraban después de cerrar con llave la reja—. *Où sont-elles ?*

No le cabía la menor duda de que, si los enfadaba, la llevarían de regreso a la sala de interrogatorios, pero eso era lo último que le preocupaba.

—*Répondez-moi !* —aulló, fuera de sí, sin reparar en el dolor lacerante que le subía desde el labio hasta cruzarle la mejilla—. ¡Responded!

No quería pensar en las posibilidades que la terrible ausencia de sus hermanas abría ante ella.

—*Qu'est-ce que vous avez fait ?* —insistió, aferrada a los barrotes, pues, de lo contrario, se hubiera desmoronado—. ¿Qué les habéis hecho?

Los dos hombres desaparecieron sin molestarse en responder, dejando a Aurora a solas con su desesperación, asfixiándose con su propia soledad, repitiendo una y otra vez la misma pregunta. Poco le importaba que ya nadie pudiera escucharla.

—¿Qué les habéis hecho? ¿Qué les habéis hecho…?

Ni Estrella ni Rocío regresaron esa noche. Tampoco la siguiente.

Aurora temió que no lo hicieran jamás.